

LAS ESTABILIDADES SOCIALES

ARTURO FONTAINE ALDUNATE*

Digamos que el tema de la estabilidad y la inestabilidad en las cosas humanas toca el asunto de la brevedad de la existencia y coloca a los individuos y las culturas ante la muerte. Es éste uno de los tópicos más fundamentales y propios, al que podríamos llamar el tema "de la vida breve". Porque la estabilidad de individuos y sociedades anda de la mano de su nefasta hermana, la inestabilidad, así como la vida terrena es un triunfo episódico sobre las fuerzas de la muerte.

Los tumultos y trastornos destructores, las graves incertidumbres vitales, la puesta en jaque de normas, valores y grandes símbolos culturales, causan desamparo y desazón en quienes los sufren. El hombre se siente amenazado durante esas crisis en su realidad más profunda, y a veces oye caer con estruendo todo lo suyo, todo lo que le pertenece y ama, y finalmente experimenta la cercanía de su propio fin.

La literatura, el arte, la poesía, la filosofía, recogen a lo largo de los siglos la reacción de los hombres frente a los cambios e inestabilidades que los conmocionan.

Heráclito, el gran filósofo iniciador de la idea del cambio, el que piensa que todo fluye y que nunca nos bañamos dos veces en el mismo río, sufrió en Éfeso, su patria, las consecuencias de grandes trastornos políticos y sociales que afectaron radicalmente su propia suerte. Se cree que la conmoción que le produjo la fluidez torrencial de su época explica esa interpretación de un mundo que se mueve sin tregua ni asidero.

El poeta romano Lucrecio pensó que este mundo había llegado a viejo en el siglo I antes de Cristo.

Y algo semejante parece haber sentido San Cipriano ante los primeros estertores del imperio romano universal.

*Periodista. Ex Embajador de Chile ante Argentina durante la administración Pinochet.

Al llegarle a San Agustín noticias del sitio de Roma por los bárbaros, consuela con un sermón inspirado a los fieles de Hipona, en el que se adivina que la esperanza cristiana no disipa el amor por la gran ciudad. “Tal vez no perezca Roma —dice— si no perecen los cristianos, y no perecerán si bendicen a Dios; perecerán si blasfeman”. Y añade: “Porque no se trata de sus monumentos y arboledas, de sus magníficos palacios y murallas amplísimas. No habían de ser eternos. Hombres los hicieron piedra a piedra y hombres piedra a piedra los deshicieron; hombres los construyeron y hombres los destruyeron”... “El cielo y la tierra pasarán. ¿A qué viene asombrarse porque a la ciudad le llegue un día su fin?”. Luego exhorta a los fieles a compadecer a los que sufren y a sostener a los débiles. “Y ahora que son tantos los forasteros —los refugiados diríamos hoy día—, sea mayor vuestra hospitalidad”.

Palabras profundas que denotan la admiración reverente por los monumentos de la cultura romana, a la vez que la advertencia clara de que esa cultura consiste ante todo en los hombres. Si éstos no perecen, tampoco habrá llegado el fin de la ciudad. Pero así como los hombres construyeron piedra a piedra los muros y palacios, otros hombres los destruyen piedra a piedra. También la inestabilidad y la destrucción son causadas por los hombres. Por último, los malos tiempos no vienen sin grandes dolores, y corresponde a los cristianos compadecer, sostener y brindar hospitalidad a los que sufren.

Mucho más tarde, ya en el siglo xv de nuestra era, encontramos en Jorge Manrique el monumento lírico más acabado a la brevedad de la vida. La inestabilidad y la muerte pasan en su poema desde la historia personal a la de los reinos. Las famosas preguntas acerca de “que se fizo el rey don Juan y los infantes de Aragón que se ficieron”, o de “qué fue de tanto galán que fue de tanta invención como trujeron”, se unen a las reflexiones acerca de que a la mar, que es el morir, van a dar nuestras vidas y no sólo ellas, pues “allí van los señoríos/derechos a se acabar y consumir”.

En la “Danza de la Muerte”, Hans Holbein dibuja con cruel sarcasmo el amenazado destino de los hombres. El pintor del siglo xvi vive en tiempos acosados por la Reforma, la guerra, el hambre y la peste. Y ello se refleja en esta obra notable.

Cuando las sombras del crepúsculo se extienden por el imperio español de los Austrias y se avecina el fatal desenlace, Quevedo escribe uno de sus conocidos sonetos elegíacos:

*Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,*

*de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.*

El terceto final repite la idea con variaciones:

*Vencida de la edad sentí mi espada
y no hallé en qué poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.*

Las guerras, los fanatismos desencadenados y las crueldades de las facciones llevaron a Tomás Hobbes a imaginar que el hombre era un lobo para el hombre, y a considerar que la custodia de la paz y de la estabilidad debían entregarse al poder absoluto, convertido en una deidad monstruosa denominada Leviatán, nombre tomado del libro de Job. La reacción de Hobbes ante la sacudida Inglaterra del siglo XVII y ante las guerras de religión en todo el mundo fue concebir la más audaz teoría sobre un absolutismo que no repudía la herencia de Maquiavelo.

Podrían citarse incontables ejemplos de intuiciones más o menos ciertas de la inestabilidad de la existencia, en épocas mucho más próximas a nosotros. Pensar en Nietzsche, por ejemplo, o en las culturas cerradas y sujetas a un ciclo fatal que presenta Spengler en su "Decadencia de Occidente". Y luego, en el campo de la plástica, el feísmo y las contorsiones abstractistas que parecen huir de la obra de Dios en el universo. Recordar, en fin, el desamparo existencialista y las reacciones más populares ante la inestabilidad: el terrorismo y la droga.

Excúsenme estas digresiones que sólo han tenido por objeto subrayar la importancia del tema de esta obra y sus proyecciones. Creo que ella posee una actualidad viva, porque nuestro tiempo es no sólo inestable, sino que a veces parece alejarse de aquello que pudiera estabilizarlo.

El libro apunta al desarraigo cultural de esta época.

No ayudan a la estabilidad las sucesivas rupturas de los vínculos tradicionales que ligaban al hombre con la autoridad política, con su medio familiar y su trabajo. Los gobernantes perdieron el carisma de la consagración, que menciona el profesor Herrera. Los lazos feudales de la familia y de la antigua relación laboral desaparecieron. Hay una nueva relación entre gobernante y gobernados, entre conciudadanos, entre cónyuges, entre padres e hijos, entre hombres y mujeres, entre compañeros de trabajo. El propio mundo natural ha sufrido un "desencantamiento", como diría Max Weber, y experimenta

una desacralización el contorno humano. Entre tanto se ha perdido la confianza en el progreso indefinido y en las conquistas de la razón.

El hombre está liberado de trabas y amarras, pero ha perdido compañías y apoyos. Está más solitario. El proceso de la modernización masiva es inevitable.

El hombre actual —repetimos— está más solo. La soledad tiene el riesgo de las tentaciones del desierto, el peligro de la desesperación. Pero también puede conducir a la desnudez necesaria para que la persona comprenda su contingencia, su menesterosidad. Una es la soledad demoníaca y otra muy distinta la de Abrám cuando salió de Ur en Caldea o la de Moisés cuando oyó hablar a la zarza ardiente.

La estabilidad de la cultura y de la sociedad ha de empezar por la del hombre. La estabilidad no será nunca petrificación y rigidez, pues las cosas que tienen esas características son quebradizas y frágiles. La estabilidad exige flexibilidad y raíces firmes, esto es, discernimiento para captar los cambios válidos de los tiempos y fidelidad a la memoria histórica, a la identidad cultural, a las preguntas que se formularon anteriores generaciones acerca del destino humano.

A veces uno piensa que habría que aprenderle estabilidad a la palma chilena o al alerce. Ellos arraigan hondamente en un pasado milenario, condición que determina su firmeza, pero al mismo tiempo no temen inclinarse ante los vientos y soportan las inclemencias de los siglos, sacrificando sin miedo hojas y aun ramas con tal de afianzarse en las raíces y extraer del suelo en que se apoyan, la vida y el alimento. Me parece que sería ése el símil de la estabilidad del hombre en estos tiempos de grandes tempestades.

Así habrá que avanzar en la modernización inexorable, buscando en la sabiduría de los antiguos no un pábulo de las nostalgias, sino un acercamiento a la realidad. La reflexión sobre la prudencia aristotélica y la afirmación del ser, según la regla de que “el obrar sigue al ser”, es la invitación que con diversas voces se nos formulaba”.